

Editorial

Entre el ver y el decir que vemos

We actually see, in between what we see and what we say

*Nixon Ferley Muñoz Muñoz**

«Si fuerais ciegos no tendríais pecado; pero como decís:
“vemos”, vuestro pecado permanece» Jn 9,41

Nos encontramos en una sociedad que afirma “ver”. Ella misma se llama innovadora, facultada de inteligencia, iluminada por las luces de nuevos descubrimientos, fascinada por los actuales desarrollos tecnológicos e interesada por lo particular y lo individual.

En la sociedad de lo “inteligente” no es extraño encontrarse con académicos y científicos que han trabajado en la profundización de una pequeña parte del conocimiento, lo que ha generado especialistas y doctores con la experticia en un saber específico.

En muchos ámbitos, lo que ha traído la profundización en “la pequeña partícula”, es un olvido abrumador de las bases generales que deberían ser el punto de partida de los conocimientos particulares. El especialista tiene la tentación de dejar atrás lo que ha dado origen y fundamenta las diferentes ramas del saber, para dedicarse al estu-

Forma de citar este artículo en APA:

Muñoz Muñoz, N. F. (2014). Entre el ver y el decir que vemos. *Revista Perseitas*, 2 (2), pp. 147-151

* Teólogo Universidad Pontificia Bolivariana, Director Facultad de Filosofía y Teología Fundación Universitaria Luis Amigó, Medellín-Colombia, grupo de investigación filosofía y teología crítica, correo: nmunoz@funlam.edu.co



dio pormenorizado de la pequeña parte. Esto ha llevado, en muchos casos, a abandonar los valores éticos, la humanización, la comunión y ha conducido a la transgresión de los principios universales. No quiere decir que la profundización sea negativa, ella es muy importante pero articulada a otros elementos que son esenciales para el desarrollo de la sociedad y el individuo.

No puede el hombre dedicarse sólo a sus dedos olvidando su mano y a su vez su tronco, su cerebro, su corazón; lo particular depende del todo y no es posible que funcione sin la acción de lo demás. La educación, por ejemplo en sistemas como el nuestro, se desarticula cada vez más de los principios fundamentales. Es notable cómo muchas áreas del conocimiento se van especializando y a su vez desarticulando de sus fundamentos. Muchas instituciones educativas, por ejemplo, en la búsqueda de ofrecer mejores opciones que profundicen en lo particular, se olvidaron del ser humano, de los valores éticos, de la formación en el trabajo en equipo y se han comprometido con el hacer, con el aparecer, con los estándares, con los puntajes, con las ganancias económicas. Las empresas están preocupadas por la productividad, la calidad, la norma y olvidaron al ser humano. Sería mejor si el descubrimiento de las particularidades llevara al beneficio comunitario, exaltando la importancia de lo simple para el desarrollo y comprensión de lo complejo.

Nos encontramos en medio de grandes empresas inundadas de ganancias económicas y olvidadas de los seres humanos, con gigantescas edificaciones, uniformes, títulos, registro de calidad, formatos, competencias absurdas por el poder, frases hermosas que hablan de su identidad impresas en papeles institucionales, pero poco aplicadas en su cotidianidad. Dentro de ellas, “grandes” Jefes, con títulos y diplomas, abusando del poder y olvidados totalmente de los principios éticos y humanos. Hombres particulares e individuales, interesados en sus propias ganancias y puestos jerárquicos pero sin amor, sin misericordia, sin humanidad, sin capacidad de escucha y una cuota muy baja de humildad y simplicidad.

Contemplamos una sociedad formada por personas que dicen ver, tener el conocimiento, el poder, la capacidad, pero olvidados de lo esencial, es decir ahogados en sus propias apetencias humanas. Bien lo expresa la Sagrada



Escritura cuando en forma metafórica nos enseña que lo que el hombre persigue: placer, poder y tener, es contrario a lo que Dios quiere. Sería mejor estar ciegos a tantos desarrollos, que teniéndolos haber perdido lo esencial. Más le valdría al hombre ser simple que ser altamente conocedor y poderoso y haber perdido su esencialidad humana.

Sin temor a equivocación, muchos hombres que hoy dicen tener la luz permanecen en la absoluta oscuridad, han perdido su ser humano, se han convertido en verdaderas máquinas productoras y recolectoras de dinero, poder, fama y posición social. Su búsqueda no es precisamente la dignificación de los otros, más bien es la obtención egoísta de bienes particulares aún a causa de la utilización de aquellos que trabajan para ellos.

¿Qué sentido tiene, entonces, ser la sociedad más innovadora y tecnológica cuando se ha olvidado al ser humano? ¿Qué sentido tiene ser la ciudad, el departamento, la nación, la institución, el programa académico, más reconocido por los altos estándares de calidad, si se ha perdido el sentido profundo de la dignificación de los seres humanos? Podríamos ser los investigadores más reconocidos, tener libros y artículos académicos en publicaciones de alto impacto internacional, manejar muchos idiomas, tener títulos de doctorado, poseer el conocimiento y las estrategias para comunicarlo, pero si no tenemos humanización, si perdimos la misericordia, si dejamos a un lado los valores fundamentales del hombre como la familia, la persona, la libertad, seremos como un gran bronce que termina por perder su hermoso sonido (1Cor. 13,1).

“¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida?” (Mt 16,26). ¿De qué sirve, por ejemplo, tener empresas económicamente solventes, con personas humanamente agotadas? Es una realidad que muchos hombres dedicados a trabajar y atesorar, se olvidaron de disfrutar lo que hacen, perdidos en sus propias apetencias y abandonados totalmente de la verdadera felicidad y esto, en efecto, no permite que los que están junto a ellos, su comunidad familiar, laboral o social, lo hagan.



Creo que todo esto no es más que el resultado de la pérdida de tres elementos, que en mi concepto, deberían ser el principio del hombre y sus instituciones: admiración, vocación y humanización.

La admiración es la capacidad a la que el hombre renunció cuando decidió dejar de ser niño, pensó que no jugar más a los carros o a las muñecas era el mayor signo de la madurez, sin saber que la simplicidad es el principio de los mejores desarrollos y descubrimientos. Perder la admiración por las cosas simples y pensar que lo complejo de los títulos o de las posiciones sociales es el mayor desarrollo, ha traído consigo la profunda deshumanización. Qué bueno sería que volviéramos a pensar desde la filosofía y la teología, dejándonos admirar por lo bello, lo ético, lo pequeño y generar páginas llenas de calidad académica y profunda admiración como las que acompañan este número: ¡el mundo sería un paraíso!, no simplemente porque todos estén de acuerdo con todo, sino porque existe la posibilidad de sentarse a dialogar a partir de lo simple del pensamiento y lo complejo de la proposición.

La vocación es resultado de la admiración, lo que se admira a profundidad es lo que logra apasionar, es decir, se descubre lo que se quiere ser porque la admiración ha logrado la pasión y ésta no es más que la capacidad de darlo todo por el proyecto que llena todas las expectativas. Este es el punto fundamental del que parte toda buena elección y no se refiere únicamente a alcanzar posiciones sociales o económicas, se refiere a ser auténticamente feliz en lo que se decide ser. Vocación no habla de títulos adquiridos, ni de grados o posgrados buscados; vocación habla de pasión, entrega, desarrollo de lo humano, plenitud alcanzada, entrega total. Vocación habla de mirar más allá, siempre desde uno mismo para el beneficio de otros, nunca de números que identifican o formas que describen, sólo de amor puesto en la obra admirada.

Ahora, una verdadera vocación siempre lleva consigo un buen ser humano. Así, la humanización no debe reducirse a ser un programa institucional hermosamente desarrollado en las políticas de las empresas, tiene que ser el reto fundamental de cada persona que hace parte de una organización. El verdadero ser humano se reconoce porque siempre está admirado y vive su



vida con pasión auténtica mostrando que las elecciones personales lo han llevado a realizarse.

La invitación a partir de los textos que vienen a continuación es a recuperar la admiración de lo simple, a sentir que lo que hacemos y vivimos es un llamado a ser felices y a humanizarnos para que podamos ver lo hermoso de la vida y no estemos tentados a decir que “vemos sabiendo que estamos ciegos”.